

# Editorial

---

David Carbonell Huérfino  
Ana María Granados Romero

La amistad no solo ha sido un tema común dentro de la discusión filosófica, sino también dentro de la vida de los filósofos y las filósofas. Tal y como desde el *Lisis* vemos a Sócrates discutiendo sobre las razones por las que somos amigos de alguien, si aquello que produce tal amor entre individuos es la semejanza o la diferencia, la amistad también interpela a Sócrates de forma transversal y latente fuera de sus discusiones. Por solo ilustrar esto, pensemos en la escena en el *Fedón* —quizá una de la más conmovedoras de los diálogos— en la que Sócrates acaba de beber la cicuta. Platón nos cuenta que no pudo contener las lágrimas, así que optó por cubrir su rostro para llorar en libertad, pero “no era la desgracia de Sócrates la que yo lloraba —confiesa Platón— sino la mía propia, pensando en el amigo que iba a perder”. Más acá, entonces, de las preguntas que suscite la amistad como tema filosófico, ella misma se inserta en lo más profundo de nuestras vidas, en muchos de los casos, incluso, creando los espacios más propicios para la discusión filosófica. Por esta razón, en esta ocasión queremos dedicar esta editorial a dicho tema a través de la historia de una amistad en particular, la nuestra.

Cuando llegamos a la dirección de *Saga*, ninguno de los dos conocía personalmente al otro. Fue, en este sentido, un paso a ciegas. De forma separada, tomamos la decisión de trabajar juntos durante un año sin saber qué ideas compartíamos, qué visiones teníamos de la revista o qué tan buen equipo haríamos. La travesía comenzó con un almuerzo en el que ambos estábamos invadidos por ansiedades e incertidumbres sobre quién era el otro. Sin embargo, entre pregunta y pregunta, el propósito de la conversación con la que dábamos comienzo a nuestra dirección se fue transformando. Lo que, aparentemente, debía ser un encuentro para hablar sobre la revista, se convirtió en un tierno diálogo en el que, entre risas y confesiones, nos abrimos el

uno al otro. Ese primer almuerzo fue suficiente para llenarnos de las mejores expectativas sobre lo que significaría para cada uno estar juntos a la cabeza de *Saga*. La travesía, contrario a lo que pensábamos, no consistió solo en aprender a dirigir la revista. *Saga* nos embarcó inesperadamente en una de las mejores y más importantes experiencias de nuestra vida universitaria. Aprendimos a ser directores, pero, sobre todo, aprendimos a ser amigos. *Saga* fue nuestro punto de encuentro, el lugar en el que nos sorprendíamos a nosotros mismos creando un lazo mucho más fuerte de lo que imaginábamos posible. Entre trámites burocráticos, reuniones y correos, la revista nos premiaba con conversaciones, abrazos y sueños. Nos convertimos en un equipo tanto para repartirnos las tareas de la revista, como para hacer juegos que solo nosotros entendíamos. Así, cada reunión de trabajo fue como la primera: la revista era la que nos convocaba una y otra vez, pero era el lazo que nos extendíamos el uno a otro la razón por la que nos quedábamos. Pocos meses después de empezar a dirigir la revista nuestros nombres ya se acostumbraban a ir juntos. De repente, era extraño que alguien hablara de Ana María sin hablar de David y viceversa. *Saga* nos dio ese oasis de compañía y alegría dentro del aislamiento y la hostilidad que pueden estar tan incrustados dentro de la labor filosófica.

Un año después, finalizada la travesía que fue la dirección de *Saga*, nosotros continuamos con la nuestra. Después de dos números publicados, hemos construido ya muchos puntos de encuentro y, con estos, una amistad que nos acompañará para siempre. Ambos coincidimos en un sincero agradecimiento y cariño con la revista, porque sin ella es probable que nuestros rumbos paralelos jamás se hubieran intersectado. Y es que *Saga*, en nuestra opinión, desde sus inicios, ha sido mucho más que un proyecto académico. Ella, generación tras generación, no solamente ha dado lugar a la difusión de textos y a la construcción de comunidad académica, sino que también —tal y como lo fue para nosotros dos— ha sido un lugar para crear conexiones, relaciones y encuentros que interpelan profundamente nuestras vidas. Nuestro deseo, por lo tanto, es que *Saga* siga siendo ese punto de encuentro para muchos otros, que aquí hallen amigos y compañeros, que haya risas y cafés en medio de las revisiones, que sea un oasis dentro del desierto que a veces parece ser la vida académica. Con suerte, *Saga* seguirá multiplicando generosamente las posibilidades de encontrar amigos que nos acompañen en este proceso de convertirnos en filósofos o filósofas y, ojalá, por el resto de nuestras vidas. A *Saga*, con este breve texto, le agradecemos nuestra amistad.